

LIGERA APRECIACIÓN SOBRE

GUTIÉRREZ NÁJERA

Debo escribir, á toda carrera, cuatro palabras sobre Manuel Gutiérrez Nájera en cuanto poeta. Anoche he releído la obra lírica de este lírico. Pocas veces la palabra poeta, y lo que ella implica de creación y de maravilla, fué tan expresiva y ajustada. Se trata de un verdadero poeta, de un portalira de derecho divino, de un cantor por obra y gracia de la Naturaleza. El poeta, según la palabra griega de que se deriva esta voz, crea, inventa; el vate; vaticina; el bardo canta, como los druidas inspirados, en las solemnidades de la fe; el trovador peregrina y entona trovas lisonjeras y galantes. Gutiérrez Nájera no tuvo del vate; tuvo, sí, del trovador, por sus versos enamorados; del bardo, por sus composiciones iniciales, llenas de unción y

por su constante misticismo. Y fué, por excelencia, poeta.

¿Cómo juzgarlo en líneas? ¿Cómo transmitir la sensación que produce y decir de qué medios se vale para producirla? ¿Cómo construir, sin tiempo ni materiales, un canal de mármol ó bronce para que fluya esa fuente de Castalia que nace en el corazón de este grácil rimador y corre á fecundar, en otros corazones, gérmenes de hermosura?

Antes de escribir me asomo al balcón. No sé por qué me asomo; esperando, tal vez, algo inconsciente, que de los cielos azules baje la revelación; esperando el signo, la clave que permita comprender un alma de poeta y explicar á los demás ese lírico misterio.

Estoy en Madrid. Mi balcón mira hacia el Guadarrama. ¡Qué mañana esta mañana de Junio! El sol reverbera, como en el trópico. El aire abrasa. Las piedras, á manera de cristales, lanzan reflejos. La calle, desierta, árida, polvorienta, ciega lo mismo que esas carreteras polvosas, áridas y monótonas, de la Mancha y de Castilla.

A lo lejos, corta el horizonte, con su mole extensa y difusa, la enorme sierra, sobre cuyos picachos albean aún jirones de nieve invernal. A la izquierda, pardea el llano de Carabanchel. Más cerca, en la pelada planicie, una masa vegetal, angosta y oscura: las arboledas de la Casa de Campo. Calle de por medio con mi balcón, el rectángulo verde de un jardín y los techos rojos de un colegio clerical. Entre las matas discurren novicios, de blancas vestiduras talaes, el breviario bajo el brazo, siempr

bajo el brazo, sin detenerse nunca á leer. ¿Leer? ¡Qué absurdo! Por algo se es aprendiz de clérigo en estos Madriles de Dios.

Nada me dicen Guadarrama nevado, ni Carabanchel pardo, ni obscuras arboledas de la Casa de Campo, ni rectángulo florido, ni techos rojos, ni blancos novicios; nada me dicen del poeta de América.

¿Nada?

En el rectángulo frontero hay calles de acacias, plátanos jóvenes y, en torno de una fuente, cipreses verdinegros. Hay también, no lejos de cierta galería de cristales, un eucalipto. ¡Qué grácil, qué flexible, qué armonioso, qué juvenil, qué bello!

Mientras los cipreses negruzcos, inmóviles y funerarios, parecen árboles de planto; mientras los plátanos, hojosos y vulgares, se agobian de calor; mientras las acacias se adormilan en el bochorno canicular, el gracioso eucalipto se balancea, indolente, á la más leve insinuación de la brisa, ó ardiendo al sol, taracea el suelo de jeroglíficos y arabescos.

Aislado junto á la galería de cristales, por donde pasean al abrigo, en invierno, flacos novicios ensotados de blanco y gordos clérigos ensotados de oscuro, aquel joven, delgado, esbelto eucalipto, es el árbol más elegante del verjelillo eclesiástico.

He ahí la revelación improvisa, he ahí la clave de los cielos azules, he ahí la enseñanza del jardín, el secreto del balcón, la voz de Natura.

Ese eucalipto es trasunto del poeta. Como el arbolillo de enfrente, el trovero de México permanece

en aislamiento, lejos de la turba de sus semejantes, más ó menos verdes de envidia; como él es joven, gracioso, melancólico, rítmico, bello.

—¿Qué parentesco, se preguntará, puede existir entre la arquitectura de un vegetal y el espíritu de un poeta?

—¡Ay de aquellos, responderé, que no perciben ciertas claras armonías de la Naturaleza!

Ese eucalipto cimbreante, ¿qué es sino sonrisa y regalo de Natura? Pues asimismo es regalo y sonrisa de Natura, aunque avalorado por el arte, el temperamento de un sensitivo como Gutiérrez Nájera.

Pero sea lo que sea, el árbol me sugiere la imagen espiritual del poeta. Al pensar en Gutiérrez Nájera, desde mi balcón, frente á ese jardinillo de colegio, escucho una flébil y deliciosa música de estrofas y relaciono la gracilidad de ese vegetal á la gracilidad de aquel ritmo.

Bastaría la precedente confesión, á los que no conociesen al cantor mexicano, para comprender que Manuel Gutiérrez Nájera no es un Tirteo que enardezca á las multitudes y las conduzca al sacrificio, ni un Píndaro que celebre los triunfos de la destreza y la audacia; que no es poeta heroico de penacho altanero, ni hierofante, ni didáctico. En verdad, no lo es. No se parece á Tasso ú Olmedo, ni á Víctor Hugo ú Olegario Andrade, ni al pesado Delille, ni al comedido y virgiliano Bello. Entre los americanos, los poetas con quien tiene más similitud de temperamento son Juan Clemente Zenea y Pérez

Bonalde, y entre los extranjeros, Alfredo de Musset. Pero su nota es personalísima, máxime en sus obras de madurez, si madurez pudo alcanzar un hombre que murió alrededor de la cuarentena, á quien agobió durante sus mejores quince años un baldío diarismo y á quien el aguardiente destruyó más pronto que á Rubén, el nicaragüense.

La elegancia literaria parece en él don de hada buena. Tuvo, desde la cuna, el sentido de lo gracioso, de lo delicado, de lo exquisito, tanto en el sentimiento como en la expresión. Como fué sentimental y apasionado de la forma en medio de su espontaneidad, á veces excesiva, la poesía de Gutiérrez Nájera—lo mismo que su prosa—es de constante elegancia arquitectónica y de sabor romántico. Pero el suyo es un romanticismo entrecerado de realidades, ó por lo menos no se aleja de cierto concepto post-realista del arte. También se empapará ese romanticismo fundamental, según veremos más adelante, en la corriente de novísimas estéticas, como las gradas de mármol de los palacios venecianos se mojan en las aguas del Gran Canal, sin perder su resistente y blanca virtualidad de piedra.

Como este romántico conoció más ó menos de superficie, todas las tendencias literarias modernas, desde la de parnasianos nihilistas como Leconte de Lisle, hasta la de emotivos decadentes, como Verlaine; como no le fueron ajenos los ágiles relieves de Gautier, las iniciaciones de Baudelaire, los clownismos verbales de Banville, la ática dureza de Carducci, las elegancias portuguesas de Eugenio de Castro ni las suntuosidades de D'Annunzio; como

tampoco ignoró tendencias espirituales, paralelas á esa renovación del verbo: ni el misticismo de Dante Gabriel Rossetti, ni el amoralismo paradójico de Oscar Wilde, ni el naturalismo imperante en toda su fuerza cuando Gutiérrez Nájera empezó á escribir, ni el anarquismo risueño de Anatole France, ni el trascendentalismo social de Ibsen, ni el cristianismo utópico de Tolstoy, ni el aristocratismo de Nietzsche y Renan, ni la renovación poética de forma y de esencia que representa el simbolismo francés, ni, tal vez, las diferentes ramas que salieron de tronco tan robusto; como no desconoció, en una palabra, las varias corrientes ideológicas de su tiempo, ni las varias concepciones de arte que entonces convivían ó pugnaban por imponerse, Manuel Gutiérrez Nájera mal podía ser un romántico de 1830. Conocería mal muchas de las corrientes literarias modernas—sin duda fué así, puesto que á veces cita, en confusión, á Eduardo Rod y á Verlaine, como miembros de una propia familia de espíritus—; pero el barrunto que de tales corrientes espirituales y de las flamantes estéticas tuvo le impidió el anacronismo de echar sobre su cuerpo juvenil los desteñidos trajes chillones de aquel viejo romanticismo contemporáneo de *Hernani*.

El suyo, en este punto, es caso análogo al de otros temperamentos románticos de nuestra América: el nombre de Fabio Fiallo, por ejemplo, me viene á la pluma. Llegaron tarde y se incorporaron al movimiento con su alma sentimental. Vieron para atrás, pero andando, sin detenerse, y han contribuído á crear ese arte americano llamado moder-

nista—que se inició desde 1886 y que luego, ocho, diez ó pocos años más tarde, se hizo trascendente á España—; arte curioso y digno de estudio, no en los simios ó imitadores, no en los cerdos ó pape-leros vulgarotes, sino en las aves del paraíso, como Casal y Gutiérrez Nájera.

Y porque Gutiérrez Nájera apareció en nuestra América cuando las letras de lengua castellana en uno y otro mundo atravesaban el más árido y vergonzoso período que puede imaginarse:—Grilo, Ferrari, Selgas, Catalina, y la turba académica en Europa; Pesado, Oyuela, Amenodoro Urdaneta, Cisneros, y la turba de corresponsales de la Real Española en América—; porque él se separó de las fuentes secas y de los yermos, en busca de montañas oxigenadas y de cataratas líricas; porque trajo del Extranjero lo que en el Extranjero encontró de bueno; porque fué él mismo, si no catarata y montaña, río de aguas transparentes y bosquecillo de sauces, Manuel Gutiérrez Nájera es considerado al presente en América, con justicia y razón, al par de Rubén Darío, José Asunción Silva, Julián del Casal, y tal vez José Martí—este último de filiación literaria inglesa y clásica española—, como uno de los renovadores de nuestra literatura.

Su romanticismo es, pues, post-realista, y, en los últimos años del poeta, contemporáneo del simbolismo. Así se explica el sabor nuevo de algunas composiciones, entre las postreras de Gutiérrez Nájera, y el que éste fuera precursor de los modernistas americanos, siendo nuestro modernismo vástago del simbolismo francés. Así se com-

prende que haya traducido á Coppée, mucho menos poeta que él, pero como él sentimental y no extraño á la verdad de todos los días. Este aparejar ambos nombres no extrañará á quien conozca, no sólo la obra poética, sino también la obra en prosa de Manuel Gutiérrez Nájera. ¿No hizo este "cronista" con las nimiedades de la vida cotidiana aquellos maravillosos tisúes de arte y de sentimiento, sin rival en las literaturas de lengua española?

A más de la gracia, de la morbidez formal y de la nota de quejumbre ó amargor sentimental caracteriza á Manuel Gutiérrez Nájera, en cuanto poeta, la voluptuosidad, una casta voluptuosidad casi femenina por recatada, y un suave misticismo persistente, ajeno á los dogmas, un noble sentimiento religioso; esa es la palabra, religioso—no clerical, ni teológico, sino religioso.

De tan varios componentes y otros que iremos descubriendo á medida que vayamos estudiando la psicología del poeta y su obra, ha salido un elegista, que esperaba morir como murió: en pleno mes de Abril.

*Morir y joven; antes que destruya  
el tiempo alevé la gentil corona,  
cuando la vida dice aún: soy tuya,  
aunque sepamos bien que nos traiciona.*

Gutiérrez Nájera, junto con Juan Clemente Zenea y Juan Antonio Pérez Bonalde, constituye tri-

murti de elegistas muy delicados é intensos del romanticismo americano.

Elegista es hogaño, cosa distinta de lo que antaño fué.

A la elegía, *ἐλεγεία elegia*, se la llamó así de *ἐλεγος*, nombre del dístico elegíaco en que se la escribía.

Este dístico elegíaco—pentámetro con hexámetro dáctilico—se empleó para cantar de guerra, de amor, de muerte, expresando afectos personales, mientras que el hexámetro homérico se guardaba para los cantos heroicos.

Más tarde, la elegía se restringió á lamentar estragos que produjo la tijera de Atropos. Y luego, á partir de Cátulo, causó Eros, en dístico elegíaco, muchas líricas heridas. Así se llegó á los tres grandes elegistas amorosos, por decirlo así, del tiempo de Augusto: el preciosista, irónico, madrigalesco y galanteador Ovidio; el sentimental, elegantísimo Tibulo; y Propercio, de sentir áspero, profundo y sincero.

En nuestra época, con la independencia métrica de que gozamos y el desarrollo alcanzado por la poesía lírica, la elegía no tiene metro fijo, ni consiste, exclusivamente, en lamentar penas que produce la Muerte ó que produce el Amor. Nos cuidamos poco de la preceptiva, de los preceptistas y de toda arbitraria clasificación. Ser elegista es, para nosotros, no cantar en tales ó cuales metros, ni de tales ó cuales asuntos, sino ante todo, sobre todo, poseer una manera de ser espiritual.

Ya se exhalé como un Suspiro, ya alce los ojos

como un Extasis, ya se ponga la diestra en la mejilla como una Meditación, la Elegía moderna consiste en transparentar un espíritu de *agrimonia*.

Considerado así Gutiérrez Nájera, aparece como el mayor elegista del romanticismo en América.

Puede ilustrarse esta opinión, recordando ó citando casi toda su obra y principalmente *Mariposas*, *Ondas muertas*, *Pax animæ*. Posee aquella melancolía, aquel misticismo, aquella predisposición á sufrir penas de amor ú otras penas, y aquella aptitud para cantarlas que es, en último análisis, como ya se insinuó, lo que caracteriza en nuestros días al élego ó elegíaco.

Elegista de amor ó elegista en el sentido restricto de poetas como Tibulo lo fué, supremo, en la inolvidable y repetida *Serenata*, con una intensidad de sentimiento que no tuvo Tibulo y que Ovidio ni sospechó siquiera.

Aunque no hubiese lamentado la inmisericordia de una cruel amada, como la Cintia de Propercio, ó la mujer sin nombre, de *Las noches*, de Musset (sin nombre, aunque todos sepamos quién es), pertenece al linaje de dolidos y sensibles amorosos.

Lo prueba sus versos *Con Julieta*, y más aún, las añoranzas de *La serenata de Schubert*. Ignoro á derechas la biografía de Gutiérrez Nájera. Lo juzgo por sus versos y por alguna que otra vaga información. No parece, repito, que tuviese una pasión única á quien consagrar todo su corazón y su arte, como Propercio, ó como el Becquer de las *Rimas*; pero hombre tan sensitivo (y tan feo según asegúrase que fué), mal pudo no sufrir penas de amor, y pe-

nas de amor se transparentan en varios de sus poemas, como los ya citados (1).

En cuanto á poeta del dolor, á poeta que lamentó la crueldad de Tánatos, nadie puso epigramas tan sentidos en la tumba de sus amigos.

*Venid, cantores, y de rosas frescas  
cubrid el ara sepulcral: suspire  
la brisa tremulante su elegía;  
huya la luz, y silencioso expire  
sin esperanza, sin consuelo, el día.*

.....  
*Llega tú, la que guardas el secreto  
de la perenne, inextinguible vida;  
llega, y despierta con tu beso casto  
á la hermosa dormida.*

Y qué maravillosas lágrimas aquellas con que lamenta la ausencia de su amigo Manuel Alvarez del Castillo:

*Con la voz suplicante del deseo  
la vida enamorada te decta,*

(1) Nada más propenso á la declamación ó la vulgaridad, que esta poesía de confidencias y dolencias de amor. ¡Cuántos caen en el ridículo! Las miserias conyugales de ciertos rimadores claman por la música de Offembach, y un gallinero que se desternille.

Recuerdo el caso de Andrés Mata, un negrito de Carúpano, versecador y cornudo, cuyas lamentaciones han hecho las delicias de mucha gente de buen humor. Aquel negrito participa, por el canto, del ave, y por los cuernos, del ciervo: es un poeta elafórnito.

Se necesita poseer, como Gutiérrez Nájera, la blancura y las alas del cisne, para no tiznarse de ridículo; para encantar con nuestras tristuras, y para que ante ellas se diga ó pueda decirse:

*endeche desolada la pálida Elegía,*

según el gallardo alejandrino de José Antonio Calcaño.

como Julieta á su gentil Romeo:  
—¡No te vayas, no es tiempo todavía!

Pero aunque no hubiese cantado, como un ruiseñor, en el sauce de las tumbas, aunque no hubiese llorado heridas de Eros, Manuel Gutiérrez Nájera, por su formación espiritual, sería siempre un encantador elegista. (1)

La preocupación de ultratumba, la inquietud filosófica, la emoción religiosa ante la Naturaleza, la ternura, han contribuido á producir el elegíaco. En alas de sus elegías, de un pesimismo epidérmico y casi mundano á menudo, toca otras veces el bardo cuando se interesa directa, sinceramente, ante el espectáculo del universo y se libra á la meditación filosófica, á muy altas cimas de la poesía.

De estas abordadas

*á la orilla plutoniana de la noche y de la niebla,*

como cantó Poe, una de las más felices me parece la que realizó en su barca *Después*.

*¡Sombra, la sombra sin orillas, esa  
que no ve, que no acaba...*

(1) De muy buena ley lo fueron asimismo Zenea en sus poemas *Fidelia*, *En días de esclavitud*, siempre, y Pérez Bonalde en su famosa *Vuelta á la Patria* y en la desesperación de su canto á Flor, la hija muerta:

*Flor se llamaba; flor era ella;  
Flor de mi vida, flor de mi alma;  
Flor de los cielos: era una estrella;  
Flor de los campos: era una palma.*

*La sombra en que se ahogan los luceros,  
esa es la que busco para mi alma!*

El poeta, con curiosidad metafísica, se pregunta edónde va, de dónde viene; enigma hasta el presente insoluble, y, por ende, atormentador para estos interrogadores del misterio, espíritus de penumbra é inquietud, ansiosos de luz y de calma; calma y luz que, ¡ay!, no encuentran los idealistas escudriñando bajo el velo de Isis.

*¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?  
¿Qué tremenda borrasca  
con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente  
me ha dejado en la playa?  
¿En qué desierto suena mi alarido?  
¿En qué noche infinita va mi alma?  
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?  
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?  
¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!  
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!*

El pesimismo triunfa. Las religiones positivas no despejan ciertas incógnitas, ni poseen el nepente que calme, en espíritus cavilosos, la sed de lo infinito.

*Ya vi que de la Cruz te desclavaste  
y que en la cruz no hay nada...  
como esa son las cruces de los muertos...*

*...Vuelven al coro tétrico los monjes  
y vestidos de luto se adelantan.  
Traen un cadáver... rezan... ¡Oh, Dios mío,  
todos los cirios con tu soplo apaga!*